

## CALLE MORANDÉ (Ex Calle de Morande)

Se avecindó en esta leal villa el año 1720 un matrimonio de repicar gordo. Llamábase el marido don Juan Francisco Briand de Morigandais y su conjunta era la graciosa doña Juanita Caxijal y Solar. No hacía mucho tiempo que habían llegado de Concepción, nombrando don Juan Francisco en el empleo de tesorero general de Cruzada en Chile. Lo bien aderezado que venía en su puesto, a pesar de ser extranjero, abogaba una existencia gastada en servicio del Rey, y que andes o no con chiquitas", hizo grata su presencia a los conmlitones Santiaguinos.

Don Juan Francisco había arribado a Chile como capitán de una de las fragatas que, con motivo de la guerra de sucesión, pasaron a América, y obtuvo carta de naturaleza, después de haber servido en una compañía de caballos que levantó.

En concepción, el francés de Saint-Malo dio en hacer el amor a una hija de Don Mateo Caxijal y Solar, señor de la casa, mayorazgo de Arcillero y Caxijal y caballero del hábito de Santiago.

El padre de la niña, que había servido en los tercios de la armada de galeones, no se mostró desasosegado por esta pasión, como era costumbre, al contrario, las gallardías de don Juan Francisco le supieron a gavilán corsario. Cayó este en las redes de la hermosa criolla, y diz que fueron tantos los dengues de doña Juanita, que decidió avecindarse en el país, aunque fuere necesario perder, en virtud del derecho de aubaine, el señorío de los Moringadais, que había heredado como hijo legítimo de Juan Briand y Juana Guillaume, pues los franceses desheredaban de sus títulos a los que se establecían en reinos extraños.

Don Mateo, en cambio, en los constantes viajes que hacía al Perú en busca del "situado" para proveer la real caja, consiguió la merced del honorífico empleo de tesorero general de Cruzada.

El solar en que se alojaron en Santiago estaba situado sobre la Plaza de Armas, y desde la portada abarcaba sus cuatro costados, encuadrados por las nobles fachadas del Cabildo seglar, del Palacio de los Gobernadores, de la Iglesia Mayor y de los portalillos de mercaderes. Del centro de la desmantelada plaza destacaba una fatídica estaca, símbolo de la justicia del Rey y terror de los desalmados : la horca.

Doña Juanita nada sabía de la maldad humana. Sus dieciséis años se habían deslizado mansamente en la lejana ciudad de Concepción. Cuando despertó a las realidades de la vida, rodrigóle el brazo de su galán un calor más suave que el de sus bordados cojines, y por eso el día que a través de la ventana de la casa desgarró su visión de un ahorcado, balanceándose al compás del viento del atardecer, una melancolía extraña se apoderó de ella. No pudo olvidar la horrible pesadilla. La larga figura colgada del cuello, girando sobre sí misma, con la cabeza caída sobre el pecho, la llenó de pavor. En las noches, sus oraciones por el ajusticiamiento eran intermitentes y de sus labios se escapaban gritos angustiosos que pedían paz para su alma cada vez que, apretándose contra el brazo de su esposo, se despertaba sobresaltada por la visión del infeliz ahorcado.

Este terror de doña Juanita fue esparciendo un eco medroso en toda la casona, hasta el extremo de que, llegada la oración, ningún sirviente o esclavo se atrevía a asomarse por la portañuela, temerosos del ánimo del ajusticiado.

Así pasó el tiempo, y parecía ya alejada doña Juanita de todo mal recuerdo, cuando los redobles de las cajas estremecieron de nuevo su casa, anunciando una nueva pena capital. Por la calle pasaba una trágica procesión, trayendo montado sobre el palmo de la rabadilla de un jumento a un nuevo reo que sería ajusticiado. Otra vez, esforzada a traer la terrible visión pasada, cayó en su extraña postración. Era un rezar constante y no dejaba día sin comulgar. Su rostro empezó a enmarcarse de una palidez de cera. En las noches mantenía encendidas las candilejas de todas las habitaciones, y la servidumbre la acompañaba hasta muy avanzada la madrugada. Don Juan Francisco en balde le daba mil razones para tranquilizar sus angustias. Doña Juanita no parecía escuchar. Sólo una cosa pudo hacerla sonreír: la idea de abandonar esa mala vecindad.

No tardó su marido en buscarle nueva casa, y se empeñó la halló lo más distante posible de la Plaza Mayor, en un solar poniente de la ciudad, y en una esquina de la calle conocida entonces con el nombre de don Francisco Riberos (actual Intendencia), dando su frontis a una callejuela que subía desde la Cañada hacia los totorales del río, y que empezó a llamarse esos años con el nombre de "Calle de Morandé", españolizado el apellido por el buen entendimiento de la costumbre. Fue así como doña Juanita mejoró del mal y volvió a ser Todo lo vivaracha que otrora la vieran sus tierras sureñas, al pelar la pava con el señor de Morigandais, que, a horcajadas sobre la albardilla del paredón de la huerta, contábale historietas de amor...

La callejuela durmió varios años bajo el espeso polvo acumulado por las ventiscas sobre las tapias y tejados colindantes, hasta que un nuevo comercio la sacudió de su calmoso ambiente. Era el trajín que por allí hacía la gente de la botica de los jesuitas, situada entre la calle de la compañía y de la catedral, en busca de alivio que la farmacopea consultaba, bajo la mirada sapientísima de su protomédico. Entonces ese establecimiento era el único que existía en Santiago, por cuanto el Presidente del reino "estaba en el firme dictamen de que el aumento de las boticas preparaba el aumento de enfermos, con lastima de ese sano temperamento, en que, sin algunas de estas oficinas, gozan de una robustísima salud los innumerables habitantes que ha visto desde ésta hasta Valdivia". Sin embargo, este criterio bonachón ladinamente se escurría soplando los manteos jesuitas, y la botica de su claustro máximo expendía por la portería los olores de las yerbas medicinales del país, a las que oraba en pedir la botica de Su Majestad, y las drogas de los procedimientos misteriosos por las que iban las viejas brujas para hacer sus recetas: agua de capón, bálsamo de calabazos, ojos de cangrejo, sangre de macho, dientes de caballo marino y enjundia de cóndor.

Tanto era el comercio de la botica de los jesuitas el año 1779 que, a pesar de "la robustísima salud de que gozaban habitantes", llegó a escasear el papel para envolver los medicamentos, y hubo de pedir por tal motivo a la real audiencia que cediera las bulas sobrantes para llenar esta falta. No fue concedida por dicho tribunal la autorización, pues las bulas que quedaban sin trocar se quemaban. Este hecho demuestra el trajín del poblado en esas cuadras, que por los años de 1788 se conocían con el nombre de "calle de la botica". Después de la expulsión de los jesuitas había subsistido el establecimiento, administrado por un lego, aunque malos tiempos corrían para el expendio de droga, pues tuvo que ceder el monopolio ante "el aumento de los

enfermos, con lastima de este sano temperamento". Años mas tarde ocupó el pequeño claustro el viejo Instituto, y, como ya había desaparecido la antigua botica, el pueblo volvió a recordar la tradición pasada, y el nombre del señor de Morigandais quedo enraizado para siempre en el plano de la ciudad del Nuevo Extremo, en memoria de haber acompañado a su esposa en al muda protesta contra el horror de la justicia de horca y cuchillo.

**Fuente:**

**Libro "Santiago Calles Viejas" de Sady Zañartu**